



CUARESMA

PADRE FUNDADOR VENERABLE JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA

LASTENTACIONES

Gn 2, 7-9; 3, 1-7 / Rm 5, 12-19 / Mt 4, 1-11

Amadísimos Hijos míos en Cristo Sacerdote.

Ya estamos en Cuaresma, y la comenzamos el Miércoles de Ceniza, recordando que somos polvo y que en polvo nos convertiremos. Pero eso se refería al cuerpo, y es más interesante recordar que somos creados a imagen y semejanza de Dios y que nuestra alma es inmortal: no morirá, está destinada a la eternidad.

Teniendo esto presente, decíamos: *“Convertíos y creed en el Evangelio”*. ¿Cómo, pues, se le dice al alma que se convierta? Al cuerpo, que es polvo, bien; pero el alma, inmortal y espiritual, ¿por qué tiene que convertirse?

- Porque es pecadora.

El pecado arranca de la escena que en este I Domingo de Cuaresma nos narra la primera lectura, tomada del Libro del Génesis: el pecado de Adán y Eva. Pero ese pecado, en virtud del cual -dirá San Pablo- *“todos quedamos constituidos pecadores”*, es un pecado que no solo hicieron Adán y Eva personalmente, sino en cuanto a Padres de la Humanidad. Por eso, podemos decir que todos pecamos en él y que todos nacemos en pecado.

El pecado original, pues, existe, aunque hoy día, si no llegan a negarlo, al menos dan muchas explicaciones que no dejan de ser confusas y, por lo mismo, de sembrar confusión. Nosotros creemos que el pecado original existe en todos y cada uno de los hombres.

La consecuencia es que esa alma espiritual e inmortal, creada a imagen y semejanza de Dios, nace en pecado. Es verdad que Jesucristo lo redimió, y quedamos limpios por el sacramento del Bautismo; pero subsisten unas consecuencias; consecuencias que las va a sufrir el mismo Cristo, *“hombre en todo igual a nosotros menos en el pecado”*. Será Él, también, tentado, para enseñarnos cómo debemos reaccionar nosotros ante la tentación. Padece las tres tentaciones en las cuales están todas las tentaciones incluidas. Porque somos tentados del placer, somos tentados de las riquezas, somos tentados de la soberbia.

Aquí, pues, va Jesús a mostrarnos el camino, la conducta que hemos de seguir con el tentador: no darle oídos; a rajatabla, cortar. Hijos míos, qué distinta reacción la de Eva. Eva se pone a conversar con el demonio, y el demonio, claro, le va dando explicaciones, y ella va condescendiendo... Entonces, el demonio que la ve cómo cae poco a poco, insiste y persiste y hasta le da su porqué: *“...seréis como Dios en el conocimiento del bien y del mal”*. Y es entonces cuando *“Eva comió del fruto y...”*.

El Señor, Hijos míos, no entra en conversación con el demonio: le corta a rajatabla y apela a la Escritura: *“Está escrito: no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*.

El demonio, entonces, también apelará a la Escritura, pero mal llevada y traída, y ni, aun así, Jesús no entra en conversación con él: lucha y sale vencedor.

En esas tres tentaciones, perfectamente conocidas, que el demonio pone a Jesús allá, en el desierto, encontramos perfectamente reflejada toda la malicia que existe en el mundo y que san Juan Evangelista, en su I Carta detallará, al hablar de las tres concupiscencias.

La concupiscencia de la carne: el Señor llevaba cuarenta días con sus cuarenta noches sin comer, y *“al final sintió hambre”*: *“...di que estas piedras se conviertan en panes”*.

El tentador le pone en el alero del templo y le dice: *“Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: encargará a los ángeles que cuiden de ti y te sostendrán en sus manos para que tu pie no tropiece con las piedras”*. Es la soberbia de la vida. El Señor la rechaza también con las palabras de la Sagrada Escritura: *“No tentarás al Señor tu Dios”*.

Por fin, mostrándole todos los reinos del mundo y su esplendor, le dijo el diablo: *“Todo esto te daré si te postras y me adoras”*. Es la tentación de la avaricia, que el Señor rechaza con una contestación categórica: *“Vete, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto”*.

Son las tres concupiscencias que aquejan a todos los hombres, porque todas las tentaciones vienen a ser consecuencias de ellas: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. (...)

Aquí viene el razonamiento de san Pablo: *“Lo mismo que por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron... Sin embargo, no hay proporción entre la culpa y el don: si por la culpa de uno murieron todos, mucho más, gracias a un solo hombre, Jesucristo, la benevolencia y el don de Dios desbordaron sobre todos”*.

Existe, amadísimos Hijos, un segundo Adán, y este segundo Adán es el Autor de la vida: *“...vivirán y reinarán gracias a uno solo, Jesucristo. En resumen, una sola culpa resultó condena de todos, y un acto de justicia resultó indulto y vida para todos. En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo, todos serán constituidos justos”*.

Entonces, la sentencia terrible tremendamente fatal del Paraíso, en donde hay condenación -*“Polvo eres y en polvo te convertirás”*-, queda abolida por este segundo Adán: la ley de muerte se convertirá en vida eterna, cuando al fin de los tiempos venga Cristo, cuando Él derrote definitivamente al tentador y destruya la muerte, precisamente muriendo Él, que es quien da la Vida. Porque si un Adán pecó, engañado por el demonio, otro Adán lo venció.

Entonces, nosotros, un cuerpo condenado a muerte -*“polvo eres y en polvo te convertirás”*-, y un alma sometida a las consecuencias del pecado original, vivimos en la fe, que sostiene la esperanza, que da alegría a toda la vida. Y aunque el alma esté sometida a las tentaciones del enemigo -que no se da por vencido-, lucha, viviendo en fe y en esperanza, y luchar así da a toda la vida un tono de alegría y un sentido de alabanza, de acción de gracias, de bendición.

Ya está completa la escena del Paraíso. Se termina en la escena del Calvario. Y nosotros, que tenemos un padre pecador -Adán-, tenemos, también, un hermano -Jesús-, que nos justificó y nos redimió por su muerte y resurrección. Por eso, a las lamentaciones y muestras de dolor y arrepentimiento de una Cuaresma, hemos de contestar con las exclamaciones de alabanza de una Resurrección: ¡Aleluya! Porque, si morimos al pecado, hemos resucitado con Cristo. Entonces, nuestra penitencia, nuestra mortificación, nuestro esfuerzo de conversión ha de ser siempre con esperanza, con fe, con alegría. Siempre.

Esto, amadísimos Hijos míos, lo debemos tener presente al empezar la Cuaresma, para, aunque sintamos vivo dolor por los pecados, darle un tinte no de tristeza, sino de fe, de esperanza, de amor y de gratitud al Nuevo Adán. Reconocemos, sí, que somos pecadores, y por eso aceptamos la recomendación de la Iglesia: *“Convertíos”*. Pero sabemos que estamos justificados por la fe en Cristo, el Hijo de Dios, que nos amó y se entregó por nosotros: *“Creed en el Evangelio”*.

Pues, que así sea, amadísimos Hijos. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.